

TURISMO

AL CORRER DEL SELLA

A Julián Delgado Ubeda, mi querido amigo, verdadero amante de estos sublimes parajes. En recuerdo de aquel luminoso día del verano de 1925, intensamente vivido en el goce de las supremas bellezas de este maravilloso rincón de Cantabria.

VIENE a mis manos el ansiado y delicioso libro (1) en el que Juan Díaz Caneja, el entusiasta cantor de las tierras sajambrias, nos deleita con las maravillas de su amado Sella y, tal es la emoción que su lectura, entremezclada con el dulce recuerdo de aquellas inolvidables horas de libertad allí gozadas, me produce, que ya no puedo resistir a la tentación, tantas veces reprimida, de tomar la pluma y emborronar las hermosas páginas de *mi «PYRENAICA»* para deciros, más bien, para *envenenaros*, como decimos en *argot* montañero, con aquellas delicias, para conseguir que vayáis a saborearlas en su plenitud.

Fué durante el verano de 1925, en ocasión de realizar una magnífica excursión cicloturista alrededor de los Picos de Europa, en compañía de dos buenos camaradas cicloalpinistas, en busca de una visión de conjunto de nuestros admirados Picos, que hubimos de recorrer por vez primera los soberanos paisajes de que me ocupo, como formando parte de aquel incomparable itinerario. (2)

El Pontón, Sajambre, los Beyos... ¡oh recuerdos imperecederos!...

* * *

Espléndida mañana estival cuando abandonamos Riaño, el encantador rincón de la

(1) "Paisajes de Reconquista" (Ver "PYRENAICA", Vol. I. pág. 59)

(2) *Prim er día*: Bilbao-Guardo, en tren (F. C. de la Robla) y Guardo-Riaño (km. 28). *Segundo día*: Riaño.

montaña leonesa, que nos ha cobijado hospitalario en nuestra primera noche de corre-
ría por tierras asturiano-leonesas

Por la magnífica carretera de *Sahagún a las Arriendas*, remontamos gozosos, ca-
mino de las Asturias, la feraz Vega de San Cipriano. La Puerta, Escarros, El Burón, Ve-
gacervera, dulces y pintorescas aldehuelas sucedense en nuestro camino... Una ermita,
y las ruinas de una que fué hospitalaria venta: estamos ya en el Puerto del Pontón. (3)

Ante nuestros ojos maravillados, ábrese un panorama grandioso. «Sobre la Cordi-
llera magnífica, nos dice Díaz Caneja, los Picos de Europa campean con imponente
majestad»... Alzánse allí, centelleantes sus plateadas cimas y vertiginosas llambrias,
salpicadas de nieves cumbreñas, las dos Peñas Santas, las bravías cumbres de los Pi-
rineos de Cantabria, superadas en escarpes, aunque no en belleza, sólo por el Naranjo
de Bulnes.

A nuestros pies se abre la gran hoyada del dulce valle de Sajambre, encerrado en
su círculo plateado de soberbias y bravas montañas. En la blanca muralla que cierra el
valle allá en la lejanía, vislúmbrase una sombría y diminuta brecha de inconcebible an-
gostura; en ella convergen todas las arterias vitales del mismo: diríase la entrada a un
infierno, de aquello que es puerta de acceso al paraíso de los Beyos...

Momentos de verdadero deleite, tanto físico como moral, fueron aquellos que per-
manecemos extasiados ante la soberana grandeza en aquel mirador incomparable. Mi-
nutos después, nos lanzábamos gozosos por la atrevida pendiente, *enterrándonos* si-
multáneamente en una brava selva de robles y hayas de admirable lozanía.

* * *

La carretera descuélgase desde el puerto, abriéndose paso por entre aquel mar de
verdor y perdiendo rápidamente altura, a fuer de quebrarse en violentos recodos, sal-
tando torrentes, escalonándose en zig zags inverosímiles, cual ansiosa de lamer las
dulces paaderías del valle...

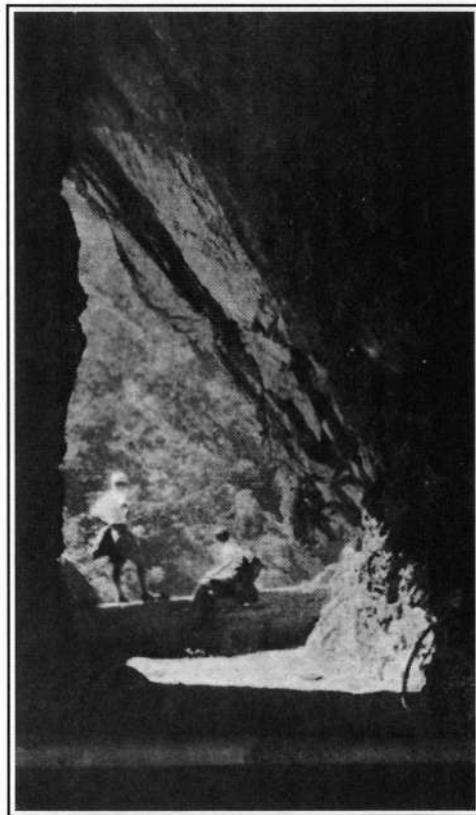
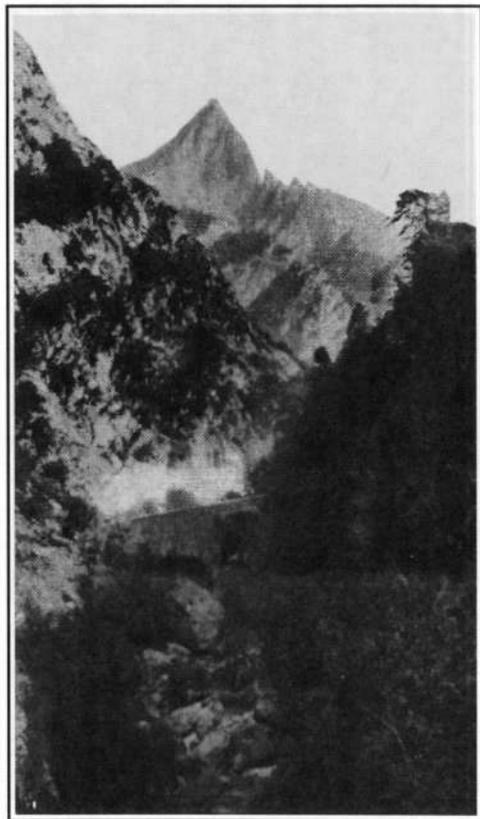
Un elevado cerro cónico, la Pica de Ten, surge airoso en medio de la hondonada;
las aguas del Sella, al verse detenidas por esta muralla, forman profundos remansos
«donde las truchas dominan con el plata de sus lomos, el verde intenso del agua». El
símbolo de la redención, sus brazos implorantes, culmina esta pirámide, como prote-
giendo al dulce valle sajambriño, de las invernales furias de la montaña leonesa.

El Sella «se revuelve iracundo entre las rocosas estratificaciones de la Pica de Ten,
aturdiéndonos con el estruendo de sus aguas»; la carretera continúa en rápido descen-
so, casi en espiral, sucediéndose las curvas atrevidas, entre tramos rectos de pendientes
alarmantes. Salta un puente sobre imponente tajo, profunda y tenebrosa torrentera co-
nocida por la Riega del Infierno, por la que se despeña impetuoso torrente, mostrán-
nos con mueca trágica, las víctimas de su poderío: gigantescos árboles tronchados,

Soto de Cangas, km. 63. *Tercera jornada:* Visita de Covadonga y sus alrededores. *Cuarta jornada:* Soto de
Cangas-Camarmeña (visita a Puente Poncebos) Panes, km. 63. *Quinto día:* Panes-Potes-Espinama, km. 34.
Sexta jornada: Visita a las Campas de Aliva, Circo de Lloroza y Fuente-Dé; descenso a Potes y ascensión al
Collado de Piedras Luengas, km. 52. *Séptima jornada:* Ascensión a Peña Labra (2.002 m.) *Octava jornada:* Pie-
dras Luengas-Cervera de Pisuerga-Aguilar de Campoo-Reinosa, km. 83. *Novena jornada:* Reinosa-Cabañas de
Virtus, km. 30; tren hasta Bilbao.

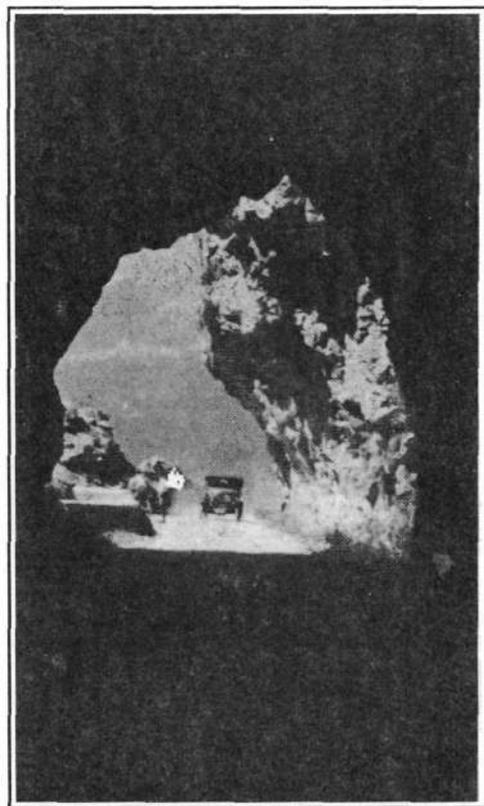
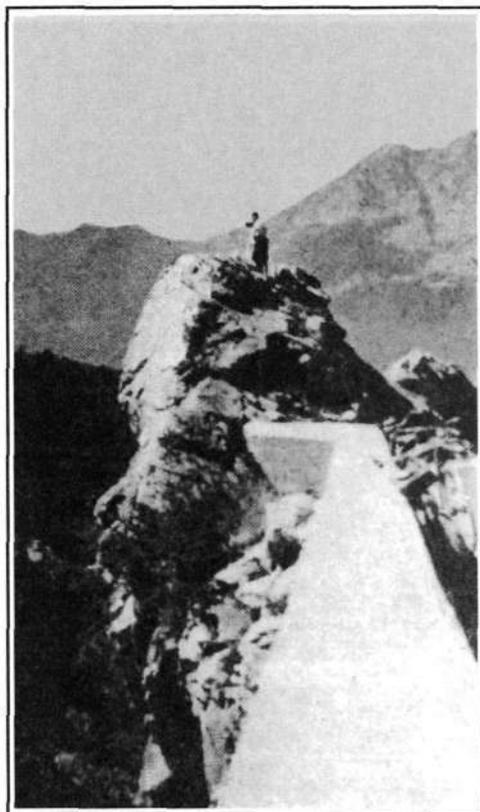
(3) 1.293 m.

AL CORRER DEL SELLA



En los Beyos

AL CORRER DEL SELLA



Túnel de Oseja

sus raíces al cielo, rocas desgajadas; un conjunto, en fin, de sublimidad y tragedia, de infinita grandeza.

La carretera abandona el bosque y se desliza vertiginosa, colgada en cornisa sobre un colosal paredón de roca. imponente contrafuerte colgado sobre el abismo que más allá se atreve a cerrarla el paso. La Naturaleza bravía, se opone a su trayectoria, pero el hombre, con más bravura aún, supo vencer una vez más esta resistencia y siguió triunfante el camino que se había trazado, perforando la roca soberbia con el grandioso Túnel de Peña Negra, de un centenar de metros de longitud, verdadera obra maestra en los caminos de Europa.

Un balconaje soberbio, colgado sobre el abismo por cuyo fondo se despeña impenso el Sella, dá luz al subterráneo.

A la salida del túnel, «el panorama adquiere intensa belleza; la peña en un dosel que protege al caminante y permite que la carretera, colgada en cornisa, siga su rumbo arrastrándose como una sierpe sobre la escarpa bravía....»

Nos asomamos al pretil y no alcanzamos a ver el muro que nos sostiene; tal es la concavidad de la peña a medida que alcanza el abismo. El conjunto del túnel de Peña Negra y el trozo de carretera desde él hasta entrar en Oseja es un trazado verdaderamente atrevido que, junto con el paso del Peñón de Bejos en la cuenca del Río Nansa, por no citar algunos otros, de las bellas carreteras de Cantabria, pueden considerarse como trazados de los más atrevidos de Europa.

Súcédense nuevas curvas peligrosas y, calmada la vertiginosidad de la pendiente, entramos nuevamente en la zona de las verdes praderas recostadas a media ladera y dominando desde muy alto el barranco por donde corre el Sella; en medio de ellas se agrupa el blanco caserío de Oseja de Sajambre, pueblecito de ensueño; amplias casonas montañosas con su hermosa solana cara al mediodía; típicos hórreos por doquier... y presidiéndolo todo, su hermosa iglesia y bucólico cementerio, cara a las montañas que simbolizan la eternidad que en él comienza... Allá abajo, Pío, Verdes y Ribota, blancas aldehuelas, duermen a orillas del torrente.

Los cuatro o cinco kilómetros de descenso que hay de Oseja a Covarcil, son, indudablemente, los de mayor pendiente de todo el recorrido; a un kilómetro de Oseja, parte a la derecha un atrevido ramal de carretera que sube a Soto de Sajambre, al pie de Peña Santa.

Poco después del mediodía llegamos a Covarcil—o Cueva-Orcil—, sumergida en lo más hondo de esta enorme barranca.

«Es Covarcil una hospitalaria y atrayente venta caminera» que guarda la entrada del endiabrado Desfiladero de los Beyos, la angostura de que os hablé en lo alto del Puerto. En esta simpática venta, cobijada bajo el dosel de un gran peñasco, somos tratados con exquisita amabilidad, y, sentados al frescor de su amplio portalón, saciamos nuestro voraz apetito, saboreando los sanos platos de la tierra, no sin antes haberlo agudizado con el rico baño en las frías aguas del torrente inmediato.

«En Covarcil comienza el desfiladero; el río se detiene receloso al contemplar la lóbrega estrechez del tajo, y con vortigosos movimientos, busca otro cauce; pero la voz obsesante de los Beyos le atrae hacia sí, y el Sella, convertido en una ola redonda de curva profunda, se despeña lanzando agudos clamores».

«Asomados al abismo, lo vemos revolverse entre hirvientes espumas golpeándose contra las paredes de la escarpa, revestidas de hongos ennegrecidos».

La carretera no puede abandonar al río y camina a su lado colgada en cornisa sobre la estrecha barranca; los dos se deslizan hermanados; aquel abrióse paso a fuerza de miles de siglos de constante trabajo; ésta lo hizo en muy corto tiempo y para ello socavó la peña, perforando túneles; saltó múltiples veces sobre su inseparable compañero buscando los más inverosímiles apoyos entre aquellos inhospitalarios paredones de una verticalidad sorprendente, que, tercos, se negaban a su paso, y, arrastrándose y culebreando las más de las veces bajo arcadas y doseles del muro, socabado a fuerza de humanos sudores, consiguió abrirse paso, para demostrar, una vez más, la capacidad de la voluntad humana ante obstáculos al parecer invencibles.

A medida que la carretera avanza, la garganta se va estrechando; «en las canales estrechas y profundas, la muerte corretea sobre el borroso gris de la pedriza hosca y suelta, y por los escobios y angosturas llegan al Sella afluentes galopantes que se despeñan en cascadas. Todo tiene una imponente verticalidad, y todo es tan pujante y tan bravío, en aquella Naturaleza, que no hay repliegue donde no crezca un laurel, ni hienda donde los madroños, avellanos y abedules, no hayan puesto la alegría de su verdor».

«El día está claro; el sol brilla en la cúpula de los altos picachos y, sin embargo, una suave penumbra envuelve la medrosa garganta, cuya soledad es solo turbada por el golpeteo de las aguas, allá en fondos a cincuenta o sesenta metros bajo nuestros pies; hay momentos en que el desfiladero parece no tener salida; un avance de la pared derecha llega a incrustarse en el lado opuesto, el río ha horadado la roca, y bajo ella, se escapa en busca del mar; los hombres treparon la montaña, y el camino salva la roca por un túnel, el de Regaldín, o los Beyos, más corto que el de Oseja, pero mucho más impresionante.»

«De la imponderable magnificencia de este desfiladero, el mejor elogio es el tributado por el sabio geógrafo francés, Paul Labrousse, que en la *Revue des Pyrénées* escribió.»

«El Desfiladero del Sella es el más escabroso e imponente de los desfiladeros célebres: Pierre-Lis y Saint-George, en los Pirineos del Aude; el Fier en Saboya y el Paso Maldito en los Grisonos; el de Chita, en el Atlas; la grieta de Khakoueta en el valle de Soul; y la Calle del Infierno, en el Lys; solo pueden dar en muy pequeño la imagen de la entalladura fantástica en la que los ingenieros de Castilla lograron hacer pasar una carretera.»

Siete puentes, Puelles, Pansomina, Consiello, Angoyo, Angüera, Berganza y Vidosa, de un solo arco y a cual más atrevidos, saltan el río llevándonos otras tantas veces de una a otra orilla; en algunos de ellos, no se llega a ver el agua: en el de Angoyo, tendido perpendicularmente entre dos formidables escarpes, se alza el mojón divisorio de León y Asturias. En un talud de roca, delicadamente esculpidos en caracteres gigantescos pintados de vivo carmín, leemos el sonoro nombre del principado.

«Todos estos puentes son amigos fraternos de las sendas aldeanas que en ellos nacen y marchan en busca de los altos puertos y de las majadas escondidas entre las nubes. . . .»

«Cruzamos una nueva angostura, y a su salida, la casita de la Huera, humildemente asomada al borde del camino, nos anuncia la presencia del hombre en aquellos desolados parajes. . . . Más tarde, la flamante Venta de Manolón a la entrada de Puente Vidosa, ¡y aquel bárbaro paisaje de los Beyos, cesa ya de oprimir nuestro ánimo!

Once kilómetros desde Covarcil atraviesan la tajadura de los Beyos; once kilómetros de constante admiración ante esta monumental demostración de las bellezas que nos ofrece la Naturaleza; se ensancha nuestro cielo y, aunque aún nos quedan largos kilómetros de valle angosto, aquella increíble angostura ha cesado virtualmente; los grises y sombríos paredones verticales que amenazaban aplastarnos, van cediendo lugar a las verdes laderas más o menos escarpadas y, en una de las primeras, plácidamente asentados, en contemplación del valle a sus pies, las pobres aldehuelas de San Ignacio y Canisqueso contemplan indiferentes el paso del turista caprichoso... «humildes viviendas que parecen casitas de muñecas; las ventanucas de unas, miran sobre los tejados de las demás, y así van descendiendo, hasta que los prados, como reposteros colgados sobre el abismo, las libran del peligro de rodar hasta él...»

Cien, Agrolibio, Mier, Sames,... dulces tierras de Asturias. «La masculinidad del pasado desfiladero contrasta con la sencilla y apacible femineidad de las cumbres que marchan camino del mar...»

En un recodo, por la izquierda, remonta el precioso barranco de Ventamiella; por él trepa, ardorosa, la humilde carreterita que lleva a tierra de Ponga, castizamente asturianas; las truchas pululan en los magníficos remansos... que nos están invitando, a gritos, a un segundo baño.

Los laureles, los tejos, siempre verdes y achaparrados, los bravos acebos agarrados a los peñascos, todo esto quedó atrás; ahora, la carreterra, áspera y polvorienta marcha entre maizales, avellanos, nogales y pomaradas, las hermosas pomaradas de esta dulce tierra de Asturias. . . . Atrás quedaron también las soberbias cimas plateadas del Cordel de Arcenorio y de la Serranía de Beza, dominando una y otra, el barranco por Oeste y Este; ahora, ondulantes colinas nos ofrecen la perspectiva del mar; de un mar bello y bravo, hermanado con las montañas en un conjunto incomparable que comunica ese peculiar encanto a estas tierras de Cantabria. . . .

Por un barranco a la derecha, afluye el Río Dobra, trayéndonos las gélidas aguas que destilaron las blancas cimas de las Peñas Santas y el hálito cumbreño de aquellas alturas.

Pervis, Tormín, Caño; luego, una larga avenida y a su final, una atrayente villa: estamos en Cangas de Onís.

* * *

Por debajo del airoso arco del puente romano, el célebre puente romano de Cangas de Onís, volvemos por última vez la mirada hacia aquellas tierras de la montaña asturiano-leonesa, hacia aquel Sajambre de inolvidables perspectivas. . . . Vibrando a la cegadora luz de esta hermosa tarde estival, allá arriba quedan los agudos picachos y finas agujas que dominan el grandioso desfiladero, y, más arriba aún, coronando el cuadro, tan bellamente enmarcado, las sublimes cimas de los Picos de Europa, centellean con sus enternas y blancas rasgaduras. «Allá, seguirán viviendo las candidas y sublimes montañas, con su existencia propia, su historia milenaria, sus fisonomías inconfundibles. . . .» ¿Las olvidaremos? Como respuesta, parodiemos a Lequeutre en Ordesa, diciendo:—He pasado horas muy bellas en estas tierras del Sella; si Dios me da vida, volveré!

EL FEDERADO NÚMERO DIEZ
Del «Club Deportivo», de Bilbao